

agradecidísimos á sus favores, salimos los monteros hacia las sierras que íbamos á batir: la mañana estaba entoldada, el buen humor iba con nosotros, y, según la orden que dió el capitán á Trillo y á los criados, el campamento debía encontrarse establecido, al anoche- cer, á una legua de allí, en un soto á orillas del Gua- diana. Saucó encargó al mayordomo que hubiera cortada, á nuestra llegada, mucha leña.

Á Juan Gil, que montaba el rocín blanco, le hici- mos ir delante de todos, por si acaso; seguía Saucó en su caballo, el Marqués en el suyo, Sierra en un borrico, el hijo de Saucó en la yegua de Lafuente, Ruiz en la de costumbre, yo en la de Cerveró, y detrás de mí el ingeniero, de gafas, sobre su burra blanca, que sabía gramática, cubierta la albarda con una manta azul y el rifle sobre el borrén delantero: un bagajero, hombre para el caso, era la eterna roca en que se estrellaban las furiosas oleadas de rabia de Mondéjar cuando la burra tropezaba. Soto, Camacho y Eduardo, aunque tenían caballerías, iban á pie. Las escopetas negras marchaban muy delante de nosotros con D. Sa- turnino y sus tenientes.

II

El camino que llevábamos era el de la Canaleja, pasada la cual entramos en un desfiladero de vereda tan angosta y tan resbaladiza, que nos vimos precisa- dos á echar pie á tierra y conducir los caballos del diestro, cuidando de sentar bien las suelas para no caer por el borde del barranco. A nuestra derecha ser- peaba entre los árboles el río Ojalora, cuyo curso seguíamos, y el cual nos ofrecía cada vez paisajes más risueños: recuerdo una pequeña península, que desde la orilla avanzaba hasta la mitad de la corriente, for- mando una planicie alfombrada de césped, en la cual campeaba sólo un fresno gigante y pomposo, con col- gaduras de parras encarnadas. Entramos, por fin, en la raña, y á poco empezamos á subir una sierra, donde había un sinnúmero de variedades de monte bajo: madroñeras cubiertas de fruto, brezos, lentiscos, cha- parros, pingosas jaras, cornicabra, romero, juagarzo blanco, y no sé cuántas especies más: el terreno era muy pedregoso. Yo monté en mi yegua no bien pasa- mos el desfiladero: aquella caminata era imposible de zapatillas.

Antes de subir este monte, en el vado del Pedregal,

se marcharon por una trocha los ojeadores y las esco- petas negras, que debían ocupar la cuerda de la solana de Alcornocal, que íbamos á batir. Nosotros bajamos por la ladera opuesta á la que subimos, y al llegar á la raña nos encontramos al pie de la solana, desig- nándonos los puestos D. Saturnino. Como en el Campi- llo, me situé con Saucó detrás de unas matas: quitamos las piedras, colocamos las mantas, cargó aquél la es- copeta, encendimos los cigarros y nos recostamos, llevándose mi bagajero los caballos.

Una de las cosas más admirables en las monterías es el silencio sepulcral de aquellos mares de verdura; no se oía mas que el pitío, desagradable por cierto, de un pájaro; el sol jugaba al esconder entre las nubes; la temperatura era inmejorable; una racha de viento comenzó á agitar mansamente las ramas.

—Nos hemos fastidiado,—me dijo Saucó.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque ha cambiado el viento: viene del sur y se lo echamos á las reses, y las que vengan de buenas nos olerán.

Sin haber llegado aún hasta nosotros las voces ni los trompetazos de los ojeadores, sonaron dos tiros en la cuerda, hacia nuestra derecha, y momentos después otro, y seguidamente escuchamos ladridos lejanos de perros, y al cabo de un rato unos gritos.

—¿Qué dices?—preguntaron de abajo.

—Que suban una caballería,—respondieron de arriba.

Á Saucó aquel diálogo le contrarió sobremanera.

—¡Quién ha visto,—exclamaba,—interrumpir la bati- da, apenas comenzado el ojo, para recoger una res muerta, que es sin duda el propósito con que piden esa caballería! ¡Esos no son cazadores, ni nada!

En aquel instante comenzamos á oír el «juh! juh! juh!» de Rosalío, el «¡Ahí peeerros!» de Albareña y la corneta de Serafín.

Los perros no ladraban.

—¡Una res!—dijo Saucó.—Oiga V., y no se mueva.

Efectivamente: me volví todo oídos, y percibí, cada vez más cercano, el ruido seco y acompasado del galo- par de un ciervo sobre aquel terreno duro y pedregoso, y el roce violento de un cuerpo por entre las matas.

—Levántese V. ya,—añadió mi compañero, hacién- dolo él también con la escopeta á la cara.

Como á treinta pasos de nosotros y en nuestra di- rección, con la esbeltez peculiar de esos animales, venía una cierva no muy grande.

—¡Hola, amiguita!—le gritó Saucó, dando dos pal- madas con la mano derecha en la culata de la escopeta.



Jabalíes luchando. (Grupo escultórico.)

La res giró con pasmosa rapidez; pero más rápida aún salió la bala del cañón. El animal dió un salto, corrió luego como unos cuarenta metros, se detuvo, volvió la cabeza hacia nosotros, se besó después la herida, que la tenía en el cuarto delantero, anduvo como cincuenta pasos y cayó en tierra.

—Está muerta,—me dijo Saucó.—Quieto otra vez.

—¡Muy bien! ¡muy bien!—nos gritó, es decir, gritó á Saucó, Juan Gil, desde el primer puesto de nuestra derecha.

—¡Calla!—le contestó el felicitado.

Es indudable que en estos momentos se siente una

emoción grande, *la fiebre de cañón*, que dicen los alemanes y los franceses: á mí al menos, que no soy muy aficionado que digamos, así me sucedió, sin que por esto me retracte de lo que he dicho en las primeras páginas de esta crónica; pero la emoción grata que yo sentí fué sólo hasta el momento de volver la cabeza la res hacia nosotros y besarse la herida: aquella mirada y aquel beso me hicieron daño; envolvían la más horrible de las preguntas, la del mártir humilde: *¿Por qué me hieres?* Me acordé del cervatillo que en balde gemiría buscando á su madre, muerto de hambre y sin abrigo, por aquellos matorrales; pero me guardé bien de comunicar mis impresiones á mis compañeros: se hubieran reído de mí, hubiera sido como preguntar á un borracho con qué objeto se bebe una copa de amontillado, luego otra y otra después, y en seguida otra y otra al minuto, y así sucesivamente hasta *n*, para repetir á continuación la misma faena con aguardiente: el vicio de matar reses ciega como todos los vicios, y, en prueba palmaria de ello, tengo yo la honra de ser amigo de una persona de talento, y buena hasta la pared de enfrente, el Barón de Cortes, que dice lo que copio en sus *Recuerdos de caza*:

«¡Cuán desgraciado considero al hombre que pasa la vida sin haber disfrutado de unos momentos así! Yo saboreo esos recuerdos todos los días, los sueño muchas noches, y ahora mismo, al intentar describirlos, la pluma me pesa en la mano como si fuera el cuchillo de monte, siento el calor de la sangre del último jabalí que degollé, oigo sus amenazadores gruñidos, no puedo estar quieto en la silla, ni sé lo que escribo, y tengo que hacer alto para coordinar mis confusos pensamientos.»

Pues el mismo que eso escribe, y que no se atreve á blasonar de haber degollado á ningún tímido ciervo, sino á un fiero jabalí, estoy seguro de que no mira deslizarse una lágrima por la mejilla de ningún desgraciado sin enjugarla.

En estas y en las otras, los gritos de los ojeadores se oían delante de nosotros; dos ó tres perros comenzaron á latir; á éstos se fueron agregando los ladridos de cuatro ó cinco más; y finalmente se desgañitaba toda la jauría en diversos tonos, moviendo una algazara espantosa, á la que daban colorido Rosalío y Albareña, animándolos con descompasadas voces.

—¿Sabe V. lo que es eso?—me dijo Saucó muy alegre.

—Algún venado.

—No: de seguro es un guarro. El jabalí espera generalmente en el encamo la llegada de los perros, y aun

muchas veces resiste que *le den de parada*, esto es, que le ladren porque no quiere salir, como sucede ahora, ó porque se detiene en su marcha para defenderse. Fíjese V. en los ladridos y verá, como son regulares y acompasados, y suenan siempre en el mismo sitio.

Después de unos instantes de estar los dos observando, añadió:

—Vea V., vea V., por entre estas ramas; ya salió.

Hícelo, y á nuestra izquierda se veía descender, por la ladera, como una exhalación, al jabalí, acosado por la estrepitosa jauría; la oleada de monte llevaba siempre la dirección hacia lo más intrincado, y el bulto negro cruzaba por los claros del ramaje con la violencia de una locomotora. Los ojeadores repetían:

—¡Allá va, Marqués! ¡Allá va, Ruiz!

El jabalí se dirigió al claro que mediaba entre los puestos del Marqués de la Concepción y de Ruiz Martínez, y por cierto que entrambos dieron muestras de ser cazadores, pues sin tirarle ninguno de frente, así que atravesó la línea, ya un poco pasado, le hicieron fuego, primero el Marqués hiriéndolo, y después Ruiz metiéndole también el plomo en el cuerpo, pero pasando antes la bala rasante al cuello de un podenco y haciéndole un surco tan mondo como la corona de un misacantano: el guarro se puso á la defensiva y volteó tres ó cuatro perros; pero, sujetó al fin por éstos, Ruiz se fué á él y le dió en la cabeza el balazo de remate.

—Perfectamente,—me dijo Saucó,—con gente así me gusta á mí cazar. En primer lugar, el viento, que está cambiando sin cesar, los ha favorecido, pues el jabalí es animal de mucha nariz, y si el cazador *lo airea*, si el cazador le echa el aire, se vuelve con rapidez, aun arrojando el encuentro con los perros, pues prefiere habérselas con ellos á romper por un sitio donde su olfato y su privilegiado instinto le anuncian un enemigo mucho más temible.

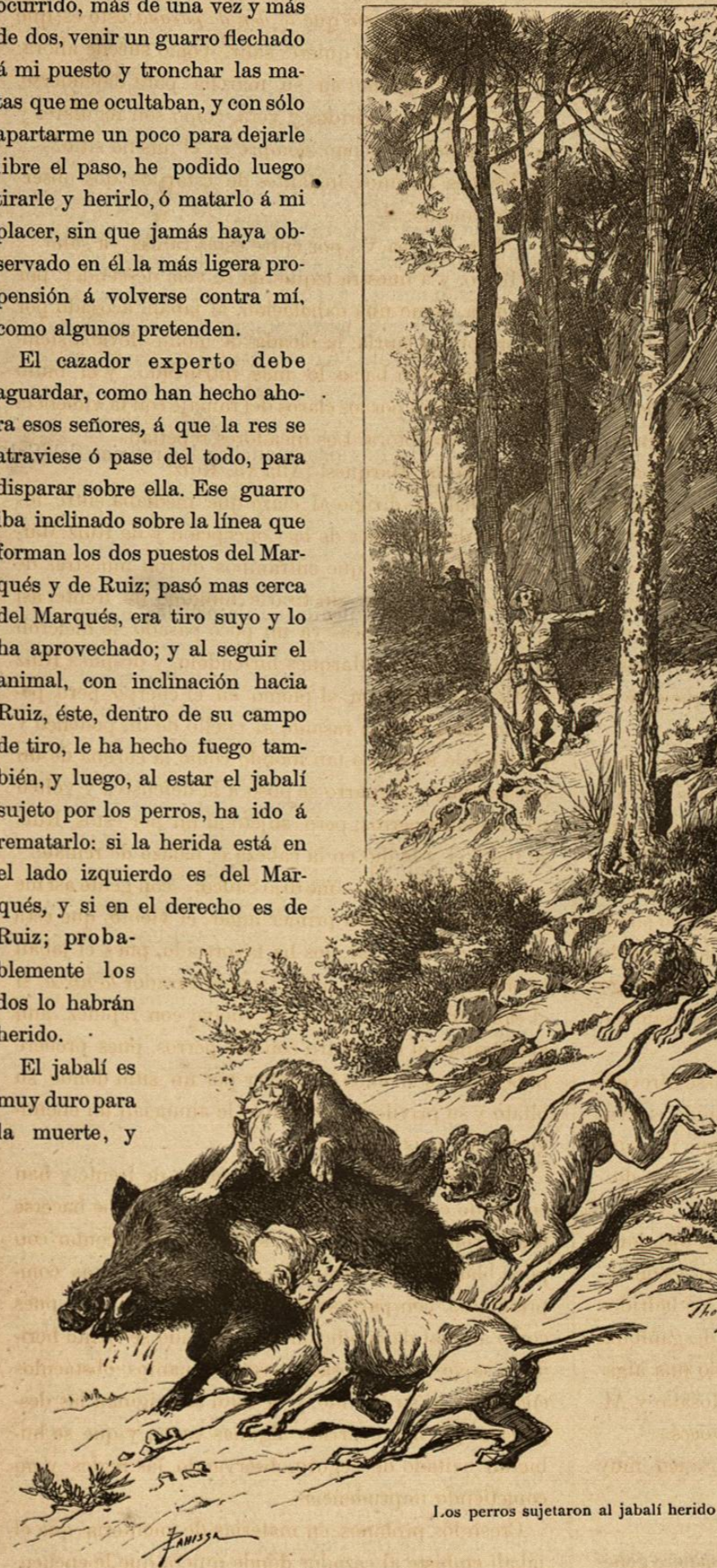
El Marqués y Ruiz no le han tirado de frente y han cumplido como buenos cazadores: eso no debe hacerse nunca con el jabalí. El tiro de frente, sobre contar con poco blanco y ser por ende incierto, es además comprometido, con particularidad si se toca á la res, pues como animal de condición fiera, cuando se siente herido, ó se ve muy acosado, arrolla cuantos obstáculos encuentra en su camino, y de aquí se originan las desgracias que han ocurrido algunas veces, y que se hubieran evitado de seguro observando las reglas y no cometiendo imprudencias.

Crean los profanos en materias de montería que el jabalí embiste al cazador donde quiera que le encuentra. No hay tal cosa; y tan es así, que á mí me ha

ocurrido, más de una vez y más de dos, venir un guarro flechado á mi puesto y tronchar las matas que me ocultaban, y con sólo apartarme un poco para dejarle libre el paso, he podido luego tirarle y herirlo, ó matarlo á mi placer, sin que jamás haya observado en él la más ligera propensión á volverse contra mí, como algunos pretenden.

El cazador experto debe aguardar, como han hecho ahora esos señores, á que la res se atraviese ó pase del todo, para disparar sobre ella. Ese guarro iba inclinado sobre la línea que forman los dos puestos del Marqués y de Ruiz; pasó mas cerca del Marqués, era tiro suyo y lo ha aprovechado; y al seguir el animal, con inclinación hacia Ruiz, éste, dentro de su campo de tiro, le ha hecho fuego también, y luego, al estar el jabalí sujeto por los perros, ha ido á rematarlo: si la herida está en el lado izquierdo es del Marqués, y si en el derecho es de Ruiz; probablemente los dos lo habrán herido.

El jabalí es muy duro para la muerte, y



Los perros sujetaron al jabalí herido

rara vez ocurre que caiga redondo del tiro: la experiencia del cazador debe graduar la clase de herida que lleva, ya por el movimiento que hizo al recibirla, ya observando la forma en que da la sangre; y nunca, aunque esté el guarro herido y bien herido, debe cerrar con él para rematarlo sin que lleguen los perros: el hacerlo pertenece al género de imprudencias que antes he dicho á V.

Cuando los perros carguen y sujeten á un jabalí herido, el cazador ha de aproximarse siempre con mucha precaución, sin que lo vea, y quitándole el aire, es decir, por la parte contraria á la corriente de aire. Una vez colocado así, y afinando mucho la puntería, le tirará á la cabeza la bala *de remate* sin hacer uso ni fiándose nunca del cuchillo de monte más que para degollarlo después de tendido á sus pies: el cuchillo no sólo es insuficiente en la mayor parte de los casos para producir una muerte instantánea, sino que lo es también para resistir el violento empuje de la acometida de un animal fiero que reconcentra todos sus bríos, por lo mismo que está herido, como supremo esfuerzo que le aconseja su instinto de conservación.

El jabalí, el señor de los bosques, es la fiera principal que se mata en montería, y por tanto el cazador debe estimularse por llevar á cabo con el mayor lucimiento posible la rendición de esa fiera. El que lo consigue adquiere entre sus compañeros el título de hábil y diestro cazador.

Sólo me resta añadir, por lo que toca á la caza del jabalí, que en la recova es necesario que haya cuatro ó cinco perros, lo menos, de condiciones bas-

tantes, no sólo para levantar el guarro y conducirlo hasta el cazador, sino también de la pujanza suficiente para sujetarlo, caso que suele llegar con frecuencia suma en la caza de esta res.

A lo que he dicho al principio, de que el jabalí espera en la cama la llegada de los perros y muchas veces resiste que éstos le den de parada largo rato, añadiré sólo que huye de la luz, que busca los sitios húmedos y cenagosos, y que la propensión de su carrera es siempre á lo más montuoso del terreno, prefiriendo subir á bajar; pudiendo afirmarse que guarro que sale de buenas, ó aorable, como también dicen las escopetas negras, forzosamente ha de tirarse en los portillos; y, por último, que le es muy difícil sustraerse de la persecución de los perros por el olor fuerte y acre que despide y marca perfectamente la pista.—

Gracias al ingeniero, al Marqués y á Ruiz, que sin fiarse de las alforjas generales, llevaban siempre algunas provisiones particulares en sus bolsas de caza, pudimos tomar todos el bocadillo, saliendo á muslo de perdiz, ó presa de conejo, onza de pan y seis pasas por barba: ninguno se había acordado de pedir á Trillo las alforjas, que por las noches deja henchidas con el almuerzo. Santos llevaba de todo, é hizo prodigios; pero no pudo llegar hasta el milagro de la multiplicación de los panes y de los conejos: al ingeniero no le parecía equitativo que todos almorzáramos de la provisión de unos pocos y que los advertidos sufrieran igual ayuno que los desmemoriados.

—¿Es esta la igualdad ante la ley, señor demócrata?—me preguntaba.

Sin embargo, la satisfacción por el resultado del primer ojeo los embargaba, y las grandes alegrías lo llenan todo, hasta el estómago. Son muchas las gentes que cuando están muy contentas no tienen ganas de comer. Además, la bota no se había olvidado.

Resultado del primer ojeo:

Ciervo estaquero (1) muerto por Dios de un balazo en el pecho. Lo mató en la cuerda antes de empezar el ojeo.

Cierva derribada por D. Francisco Sauco de un balazo en la paletilla.

Jabalí grande, muerto por el Marqués y por Ruiz Martínez de un balazo en el vientre y otro por debajo de las paletillas. Tenía en la cabeza el balazo de remate dado por Ruiz Martínez.

(1) De un año cumplido y que le empiezan á salir los cuernos.

III

A las dos de la tarde, D. Saturnino y sus tenientes nos colocaban para el segundo ojeo, á media legua del monte batido anteriormente. Pocho, el de Piedrabuena, me mandó quedar en la cuerda con el poeta Sierra. Estábamos perfectamente ocultos entre las matas, en la cima de una ladera colosal, dominando un anchísimo y extenso valle, atravesado por su mitad y en toda su longitud por el Guadiana, cuya corriente salpicaban de fúlgidas manchas los reflejos del Sol. La contemplación de aquel magnífico valle trajo á mi memoria el de Vad-Ras, con el cual tiene mucha semejanza. Este se llama, no sé por qué, *Urnas del Encinarejo*.

En el valle hay profusión de árboles, no sólo sombreando las márgenes del río, sino en agradables sotos. Por la espalda y por los costados sólo vemos océanos de montuosa hojarasca, que forman primero leves ondulaciones, y su curvatura crece con la distancia, hasta cerrarnos el horizonte olas gigantes; las montañas de enfrente están, unas, llenas de arbolado, que forma ordenadas columnas, cuyos claros terrizos se distinguen muy bien; otras rozadas, varias muy espesas de monte, cual pelada y riscalosa, ésta con grandes calvas pedrizas y el tinte rojizo del brezo, la de más allá del color pardo que producen las marañas de chaparros y de madroñeras, y la última del matiz rubio de la coscoja.

En la solana que se iba á batir, en cuya cuerda estábamos nosotros, era probable que hubiera jabalíes con la codicia de bajar de noche al río á hozar al pie de los árboles. Aquella ladera, bastante empinada y formando anfiteatro, estaba toda cubierta de áspero ramaje, que ocultaba por completo á los ojeadores, cuyas voces comenzamos á percibir lejanas al cuarto de hora de situarnos en el puesto.

—Me da mala espina,—dijo Sierra,—estar oyendo cencerros de ganado vacuno abajo junto al río.

Pasó un rato. Los gritos de los ojeadores los escuchábamos más cercanos, y á poco latidos de podencos, y después dos tiros, y luego uno, y otro en seguida, y otro, y un minuto más tarde el ruido seó y salvaje de un cuerpo que subía hendiendo el monte, y como estela de ese ruido el ladrar incesante de diez ó doce perros ocultos por la maleza. Como no tenía jun-

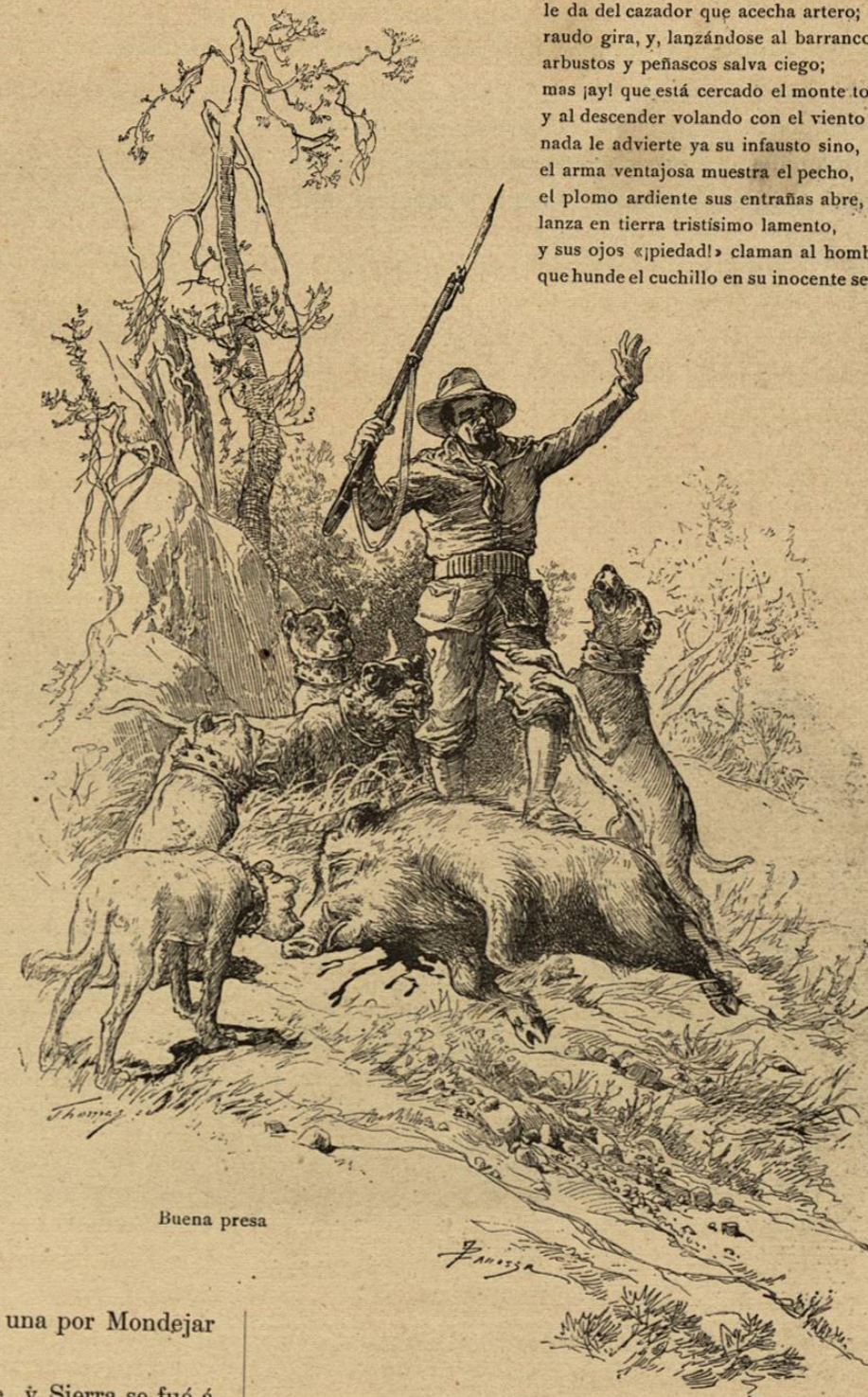
to á mí á Sauco, me incorporé, y nadando con una velocidad espantosa entre aquellos espesos matorrales, con las narices dilatadas, atrás la alta y arbórea cornamenta y los grandes ojos como carbúnculos, vi un hermoso ciervo que se dirigía tendido y gallardo hacia nosotros, en dirección oblicua, anhelante de abordar la cumbre. Al verme, cambió de dirección y pasó paralelo al puesto. Sierra hizo fuego; el animal dió un salto espantoso, estirando mucho las patas y encorvando el cuerpo en el aire, cayendo luego sobre el cuarto trasero y quedando inmóvil, bramando de una manera desgarradora. Sierra se dirigió á él con el cuchillo de monte en la mano; seguí detrás; pero á los pocos pasos retrocedí. Los ojos de aquel animal imploraban clemencia, y yo creí notar que de ellos se desprendían dos gruesas lágrimas. Repito que retrocedí espantado, como si aquello fuera un crimen, y miré con horror á mi compañero, cuando volvió con el cuchillo teñido de sangre, echando á los perros, que sin duda querían devorar el cadáver de su enemigo. El ojeador de punta llegó á donde estábamos nosotros, y nos dijo que habían salido cinco ó seis reses y que otras dos quedaban muertas atrás, una por Mondejar y otra por Camacho.

Los ojeadores siguieron adelante, y Sierra se fué á llamar á los bagajeros para que vinieran con una acémila á recoger el venado: yo, en el cuarto de hora que permanecí solo en el puesto, decidido á no hacer uso de la escopeta que me dejó allí mi amigo, aunque se me presentara una manada de corzos, escribí, en son de protesta del espectáculo que acababa de afigirme, la siguiente composición:

LA MUERTE DEL CIERVO

En su escondida cama de lentisco lo despiertan las trompas del ojeo; salta, y veloz, tronchando los jarales, la cumbre gana del fragoso cerro; en la abierta nariz, el aire, aviso

le da del cazador que acecha artero; raudo gira, y lanzándose al barranco, arbustos y peñascos salva ciego; mas ¡ay! que está cercado el monte todo, y al descender volando con el viento nada le advierte ya su infausto sino, el arma ventajosa muestra el pecho, el plomo ardiente sus entrañas abre, lanza en tierra tristísimo lamento, y sus ojos «¡piedad!» claman al hombre, que hunde el cuchillo en su inocente seno.



Buena presa

Mientras escribía este cuadrito venatorio, sonaron á mi izquierda tres ó cuatro tiros; los cazadores de la derecha se fueron replegando hacia mi puesto y se reían como unos bienaventurados cuando yo les contaba mis impresiones y les leía los versos.

—Nada, nada,—me dijo el Sr. Sauco;—no hay tales ojos tristes, ni suplicantes, ni lacrimosos. Cuando se acerca el cazador al venado herido, lo primero que éste intenta es levantarse para huir. Si no puede hacerlo, se mueve todo cuanto le es dable, y especialmente meneaba la cabeza, no con ánimo de herir, sino de escapar. Cuando se degüella un venado, no en el acto